

INTRODUCCIÓN:

LA NECESARIA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

En junio de 2008, durante el acto de entrega de los Premios de periodismo Mariano de Cavia, Luca de Tena y Mingote, su Alteza Real el Príncipe de Asturias concluyó su discurso refiriéndose, precisamente, a la necesidad de vernos provistos de “la noticia y la opinión que alimentan la convivencia democrática”¹. No obstante, y pese a lo acertado de esta afirmación, nadie como el doctor Stockmann, el personaje principal de la obra dramática de Ibsen *Un enemigo del pueblo*, publicada en 1882, conoce mejor los problemas a los que se puede enfrentar aquél que decida llevar hasta el final su derecho a ejercer la libertad de expresión en el seno de una comunidad cuyos intereses se sientan amenazados por lo que pueda decirse. Sin embargo, difícilmente puede callarse sin violencia a quien está convencido, como el protagonista de la obra de Ibsen, de aquello que refiere: “Hablo en nombre de la verdad, en nombre de mi conciencia”², manifestará en un momento de la obra. La trama tiene lugar en una pequeña ciudad en la que el mencionado doctor descubre que las aguas del balneario que aporta riqueza al lugar podrían suponer un peligro para la salud. Todos sus intentos de dar a conocer esta situación se verán obstaculizados por los poderes corruptos (políticos y periodistas a la cabeza) que gobiernan la ciudad, y el protagonista se enfrentará a sus conciudadanos que intentarán evitar que el hecho se publicite, para evitar las pérdidas económicas que ello supondría para todos. Con amargura, el dramaturgo pondrá en boca de su protagonista la siguiente expresión lapidaria, que tanto debate llegaría a generar: “El enemigo más peligroso de la razón y de la libertad es... la mayoría compacta. La maldita mayoría compacta y liberal, y sólo ella”³.

Si esta cuestión era considerada relevante ya a finales del siglo XIX, no puede decirse que el transcurso de los últimos ciento treinta años haya hecho que pierda interés. Hace ahora poco más de veinte años, el mismo año de 1989 en que caía el muro de Berlín, y la libertad se expandía por una Europa ansiosa de ella desde hacía décadas, el escritor angloindio Salman Rushdie recibió la condena en la que la declaración de la fatua islámica del imán Jomeini le sumiría de por vida. Pocas veces en las últimas décadas

¹ Felipe DE BORBÓN, Príncipe de Asturias, “El compromiso con la información”, *ABC*, 21-6-08.

² Henrik IBSEN, *Un enemigo del pueblo*. Madrid: Funambulista, 2007, p. 81.

³ *Un enemigo del pueblo*, *op. cit.*, p. 125.

una bala ha perdurado tanto en el aire haciéndonos contener a todos la respiración. Y aún hoy escuchamos de vez en cuando ecos de esa misma detonación en denuncias similares a las que, sin embargo, y por desgracia para la libertad en el mundo, ya nos hemos acostumbrado. Desde Salman Rushdie hasta el periodista Roberto Saviano (que vive bajo protección oficial desde que en 2006 publicara el libro *Gomorra*), por ceñir nuestra memoria a los años vividos en esta última etapa histórica, son muchas las mordazas que atenazan nuestra libertad y cercenan las palabras. Así, a la falta de una libertad que duró décadas tras la II Guerra Mundial seguía, en 1989, otra y, desde el 11-S, otra más. Poco importa ya si los motivos son religiosos, políticos, o de cualquier otro tipo. Es como si la lucha contra la libertad de expresión se adaptase cada época al contexto e hiciese lo imposible por seguir emergiendo. Y cada día que pasa, en un secular, eterno deslizarse por la historia de los hombres y de las mujeres desde siempre, la libertad permanece continuamente asediada y debiendo ser conquistada día a día.

El patrón de la historia humana –no en vano ha tenido que ser un evolucionista quien lo señalase– mezcla decencia y depravación en igual medida. Por ello, a veces suponemos que un equilibrio tan ajustado de resultados ha de surgir de sociedades hechas a base de un número equivalente de personas decentes y de personas depravadas. Pero hemos de denunciar y celebrar la falacia de esta conclusión [...] Los sistemas complejos sólo se construyen paso a paso, mientras que la destrucción sólo requiere un instante. Así, en lo que me gusta llamar la Gran Asimetría, cada incidente espectacular de maldad estará equilibrado por diez mil actos de bondad, que con demasiada frecuencia pasan inadvertidos y son invisibles como los “esfuerzos” ordinarios de una enorme mayoría.⁴

Hoy nadie se engaña ya respecto a la verdadera extensión de la democracia y la libertad en el planeta. Ambas existen en la medida en que las sociedades que las pretenden pugnan cada día por que dichas banderas se mantengan en pie. En el hecho de que, como sostiene el citado Jay Gould –y todos pudimos comprobar el 11-S– “la destrucción sólo requiere un instante” radica, precisamente, la hermosa vulnerabilidad de las sociedades abiertas. Pese a internet y wikileaks, como suele acontecer con otros derechos, el de la libertad de expresión es frecuentemente quebrantado y, en ocasiones, incluso de manera sistemática, en países que no dudamos en denominar democráticos. Ahora bien, quienes nos movemos y vivimos entre palabras estamos expuestos a llevar

⁴ Stephen JAY GOULD, *Acabo de llegar. El final de un principio en historia natural*. Barcelona: Crítica, 2003, p. 504.

a cabo, inconscientemente unas veces, sabiéndolo otras, con mucha más facilidad de lo que pudiéramos pensar, los actos de maldad que con tanta facilidad echan abajo esfuerzos ingentes de buenos actos en la historia de la comunicación. Esto es así porque, con demasiada frecuencia, se piensa que la libertad de información o de expresión es algo amenazado, tan solo o principalmente, por los políticos y demás hombres poderosos de nuestras sociedades. Nunca como hoy estuvieron, sin embargo, tan imbricados los medios de comunicación con el ejercicio del poder⁵.

Por otra parte, desde Voltaire hasta Bernard Henry-Lèvy pasando por Zola (la causa de la libertad de expresión debe a Francia exactamente el peso en oro de sus paladines) la defensa de la libertad de expresión ha resultado ser una constante entre los escritores e intelectuales europeos de los últimos tres siglos. Aunque en ocasiones pueda resultar una actitud cercana a una pose frívola no está de más, en cualquier caso, que perdure la idea de que quienes tienen la palabra pertenecen a una casta encargada, por mor de algún tipo de derecho consuetudinario, de defender el derecho a utilizarla por parte de todos los hombres. Es evidente que los escritores (ya sean periodistas, literatos o ambas cosas a la vez, como algunos de los autores de este libro) ejercen un papel esencial a la hora de establecer las reglas del juego de la comunicación en una sociedad democrática. El grado de conciencia que ellos y, en general, quienes viven de un modo u otro gracias a la escritura, tienen en relación al tema de la libertad de expresión ha sido tradicionalmente muy elevado. Esto es así hasta tal punto que creemos que, tanto periodistas como escritores en particular, como intelectuales y personas del mundo de la comunicación en general, somos quienes estamos llamados por las deidades laicas de la modernidad y el racionalismo ilustrado a enarbolar la bandera de la libertad de información. Sin embargo, y como se atreve a manifestar en este mismo libro Pilar Cernuda, “hay mucha hipocresía en los debates relacionados con el uso de ese derecho, que no es patrimonio de los periodistas aunque se identifica fundamentalmente con el periodismo más que con cualquier otra actividad pública”. Hay que señalar que este tipo de autocrítica resulta también frecuente entre los intelectuales en general.

La comunicación ha alcanzado tal volumen y tanta prepotencia, –ha escrito uno de nuestros pensadores más singulares– que la noticia pesa muchísimo más de lo notificado. Las noticias son más hechos, hacen u ocurren enormemente más que los

⁵ Cf. Manuel Castells, *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza, 2009.

hechos mismos de los que dan cuenta. Por eso, a espaldas de *la noticia que hace*, se ha desarrollado, como por contrapunto, *la acción que dice*. La acción que sólo dice, o sólo quiere decir, la que se llama “acción testimonial”, no pocas veces cruenta, es el reverso monstruoso de la no menos monstruosa prepotencia de la noticia que hace.⁶

Estas palabras, de Rafael Sánchez Ferlosio, ponen el dedo en la llaga sobre la relación que el mundo de la comunicación tiene, desde siempre, con el entorno empresarial que lo financia y sostiene. Hace ya mucho tiempo, en 1914, que el sociólogo Wilhelm Bauer dejó claro que:

Teóricamente en la actualidad no hay casi ninguna limitación. No hay ningún partido político, desde los ultraconservadores Tory hasta los anarquistas, no hay ninguna religión o secta, ninguna dirección espiritual, que no encuentre en algún lugar un libre espacio publicista. Sin embargo, por lo regular cada periódico representa solamente a su partido, expresa solamente las opiniones que él ha sacralizado. Así, pues, en cada periódico particular cesa prácticamente la libertad de pensamiento. ¿Cuántos son los que tienen ocasión de leer más de un periódico? Para el historiador esto será posible alguna vez; es más, sus deberes incluyen la obligación de escuchar las más diversas voces. La prensa es libre, pero los periodistas no lo son.⁷

Del mismo modo, manifestaba bien a las claras dónde radicaba dicha la falta de libertad: “Ante la ley el periodista puede evidentemente dar libre curso a su pluma siempre y cuando no conculque las leyes, pero las barreras, invisibles para el público, están en el interior de la redacción y no fuera de ella.⁸ Eduardo Galeano, malabarista de las palabras, se ha referido al nacimiento de la “libertad de presión” al describir cómo, en la primera mitad del siglo XIX, una parte del periodismo y la intelectualidad inglesa contribuyó a crear un clima de opinión favorable a la famosa guerra del opio con China para favorecer el comercio de dicho producto, del que se beneficiaban los mercaderes ingleses gracias al sufrimiento de la población asiática⁹. El tema es sobradamente conocido y no deja de ser una más de las sombras que oscurecen el oficio del

⁶ Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, p. 9.

⁷ Wilhelm BAUER, *La opinión pública y sus bases históricas*. Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2009, p. 383

⁸ Wilhelm BAUER, *La opinión pública y sus bases históricas*. Op. Cit., p. 389.

⁹ Eduardo GALEANO, *Espejos. Una historia casi universal*. Madrid: Siglo XXI, 2008, pp. 203-204.

comunicador. Mas por otra parte, junto a las presiones económicas o financieras, está el hecho, no menos real, de hasta qué punto la libertad de expresión encarnada en los medios de comunicación se ha visto anegada con el tiempo por la manipulación, y cómo la información se ha ido transformando en opinión y, a veces, hasta en propaganda. El periodista Arcadi Espada, en unas páginas¹⁰ que deberían ser de lectura obligada no sólo entre los futuros profesionales de la comunicación, sino sobre todo como textos indispensables para la formación de una generación de mentes críticas ante el lenguaje de los medios y del periodismo, ha desnudado el instrumental del que se vale el concepto de comunicación –que antes criticaba Sánchez Ferlosio– para despistar y desinformar a la sociedad.

En esta línea, de la que el citado periodista es, en cierto sentido heredero, buena parte de la filosofía del siglo pasado se dedicó a indagar en lo que el lenguaje aportaba a nuestro pensamiento y, de forma específica, al modo en que este se veía influido por aquel. Hoy sabemos que “si el lenguaje nunca es objetivo, lo es mucho menos en aquellas dimensiones de la comunicación cuya finalidad es convencer al receptor de la bondad de algo, sean personas, productos o ideas”¹¹ Tampoco es neutro el lenguaje en la información con la que los medios de comunicación riegan constantemente nuestras vidas, lo que ha dado lugar a que, críticamente, se acuñe la expresión “medios de incomunicación”¹². La manipulación, en la prensa por ejemplo, se da en diversos grados y modos, y no siempre es burda, sino que con frecuencia alcanza unas cotas de extrema sutilidad que contribuyen a que pase desapercibida. En ese sentido, la libertad de expresión, en cualquier caso, implica una doble vertiente que se concreta en la necesidad que tiene una sociedad que se pretenda libre, por una parte, de verse provista de información veraz sobre lo que ocurre, pero también, por otro lado, de disponer de opiniones particulares sobre esos mismos hechos acontecidos.

La cuestión de fondo radica, conviene no olvidarlo, en el hecho de que la libertad de expresión, como en general la propia democracia, contiene en sí misma la capacidad de

¹⁰ Arcadi ESPADA, *Diarios y Diarios 2004*. Madrid: Espasa Calpe, 2002 y 2005 respectivamente. “La función narcotizadora más potente del lenguaje periodístico –apunta este autor– no hay que buscarla en el señuelo eufemístico, sino en la propia raíz del lenguaje y del sistema periodísticos”, *Diarios, op. cit.*, p. 94.

¹¹ Asunción ESCRIBANO, *Las voces del texto como recurso persuasivo*. Madrid, Arco/Libros, 2009, p. 8.

¹² Eduardo GALEANO, “Los medios de incomunicación”, *Le Monde Diplomatique* (edición española), 3, enero 1996.

perversión que está constituyendo, en los últimos tiempos, un aspecto especialmente destacado en las noticias sobre el tema. *Affaires* como el de las entrevistas falsas, que durante años había estado publicando el italiano Tommaso Debenedetti¹³, ponen de manifiesto los inevitables cambios que se están produciendo en el sector. Por otra parte, no cabe duda de que nuestras concepciones tradicionales de aspectos como los derechos de autor, la propia libertad de expresión, y la frontera entre la verdad y la mentira, o la realidad y la ficción en el mundo periodístico habrán de verse profundamente alteradas. Sobre todo si se tiene en cuenta que las generaciones más jóvenes parecen caracterizarse por una falta total de respeto a dichos conceptos, que fueron válidos para nosotros, y por una absoluta frivolidad (y en ocasiones incluso cinismo) ante ellos. No se trata ya sólo de que, como se sigue insistiendo, “los límites entre la libertad de expresión y el derecho a la intimidad son extremadamente difusos en la Red”,¹⁴ lo cual sería meramente un debate legal sobre los límites de dos derechos disímiles, sino de que lo que las nuevas tecnologías han puesto de manifiesto es el enorme potencial de distorsión de los hechos verdaderos¹⁵. Esto es, el problema actual radica, no en una disyuntiva entre derechos, sino en la mayor o menor cercanía a la verdad en los hechos narrados al amparo de la libertad de expresión. Difamar no es solo una violación del derecho a la intimidad, sino que, sencillamente es faltar a la verdad. Y en ese dilema radica, en gran medida, la verdadera batalla futura de la expansión del derecho a la libre expresión.

En este contexto, es importante, por otro lado, destacar el papel también de la literatura a la hora de defender la libertad de expresión, pues en numerosas ocasiones a través de ella es posible llegar a personas que no se sienten atraídas por el compromiso político o intelectual. La escritura ha dado lugar en los tiempos modernos a dos diferentes tipos de intelectual: el literato y el periodista. Ambos, con la palabra como florete, han cultivado las dos laderas de una misma montaña. Si el periodista, al que ya nos hemos referido, resalta ante todo el elemento ético de la realidad sin poder violar o, ni siquiera enmascarar lo que es con lo que escribe, el literato, por su parte, enraiza su escritura en

¹³ Miguel MORA, “Tommaso Debenedetti. Autor de entrevistas falsas”, *El País*, 6-6-10.

¹⁴ David ALANDETE, “Alerta: las difamaciones en Internet son eternas”, *El País*, 2-6-10, pp. 30-31.

¹⁵ Se trata, para bien o para mal, del enorme alcance de los nuevos medios, los cuales, desde el origen de la prensa periódica, no han dejado de crecer: “Dijo el astuto Tocqueville –escribió Pulitzer a principios del siglo XX–: ‘Un periódico puede enviar la misma idea a miles de mentes a la vez’. Pero ahora un periódico puede enviar la misma idea a un millón de mentes en el mismo día”, Joseph PULITZER, “El poder de la opinión pública”, en *Sobre el periodismo*. Bilbao: Gallo Nero, 2011, p.118.

lo estético y hace del elemento formal la base para su reconocimiento y la posterior comunicación con los demás. Glosando la figura del novelista ruso Alexander Solzhenitsin con motivo de su muerte, Mario Vargas Llosa manifestaba lo siguiente: “No fue un gran creador, como lo fueran sus compatriotas Tolstoi y Dostoievski, pero su obra durará tanto o más que la de ellos y que la de cualquier otro escritor de su tiempo como el más desgarrado intenso testimonio sobre los desvaríos ideológicos y los horrores totalitarios...”¹⁶. No son pocas las novelas gracias a las cuales se ha sabido lo que de otro modo no se hubiera permitido dar a conocer. Por eso también los novelistas tienen mucho que decir a la hora de ampliar el horizonte de la comunicación entre los hombres. A ello se refiere Gustavo Martín Garzo en su contribución en este libro, cuando escribe que en la medida en que los hombres y mujeres nos comunicamos entre nosotros, nos completamos, y “no creo que haya otra tarea más urgente por parte del escritor que la de contribuir a crear ese ámbito de intercambio y comunicación”.

Es inútil insistir más en la necesidad de proteger un derecho vital en el mundo y para cuya defensa se llevan a cabo constantemente actos de toda índole. Merece detallarse aquí, por ejemplo, y dada su relación con la literatura, un aspecto concreto de dichas acciones. Entre las características de la narrativa que se desarrolla en los tiempos de Internet, figura la posibilidad de convertirse, previo pago, en uno de los protagonistas de las obras de escritores como Stephen King, John Grisham, Amy Tan u otros. Con esa finalidad, en septiembre de 2005 tuvo lugar, con fines benéficos, una “subasta de personajes” vía Internet (o lo que es lo mismo en la conocida página de subastas ebay.com), por parte de más de una docena de autores con el fin de recaudar fondos para una ONG que defiende la libertad de expresión, First Amendment Project. En el caso de estas páginas, *La libertad de expresión*, el propósito de este libro no es la obtención de fondos sino meramente alzar unidos la voz a favor de una libertad no lograda aún del todo, ni siquiera en las sociedades democráticas, pero por la que merece la pena narrar y comunicar experiencias que puedan servir a quienes vienen detrás en el ejercicio de su profesión en el futuro.

España, este país que tantos cambios políticos, económicos, culturales y sociológicos ha experimentado en el último medio siglo, tiene aún pendiente desde hace por lo menos

¹⁶ *El País*, 10-8-08.

500 años una deuda consigo misma. Esa deuda es la de que sus ciudadanos seamos capaces de escuchar a los otros; la de ser capaces los españoles de prestar atención a lo que dicen aquellos con los que no estamos de acuerdo, cuyas palabras nos molestan. Hemos sido capaces de convivir unos con otros en los últimos 35 años, pero no somos capaces de dialogar en libertad. Eso debería hacernos pensar en nuestro grado de respeto al otro. En este sentido, España tiene aún pendiente una transición auditiva en la que nos escuchemos unos a otros: derecha e izquierda, liberales y conservadores, creyentes y ateos, del centro y de la periferia, de la sangre indoeuropea y de la tez más oscura,... Parece mentira que la patria que concibió a un filólogo de la talla de Américo Castro continúe aún mostrándose tan impermeable a sus geniales intuiciones. A fin de cuentas, la clave de la libertad de expresión no es únicamente poder decir (siempre con el respeto por medio) lo que uno desee, sino ser capaz de escuchar, y respetar igualmente, al otro, que tiene el mismo derecho a expresarse que yo. Y en este importante proyecto, será conveniente que las generaciones mayores guíen a los jóvenes, que no han conocido sino las mieles de la libertad y piensan que lo han visto todo.

Únicamente habría que señalar, para concluir, que *La Libertad de expresión* es un libro que habla de las palabras y de cómo hacer uso de ellas. Y lo hace con la belleza y el rigor para los que sus autores están dotados. Habla de la comunicación y de la censura en sus muchas variedades. Y también habla de la ciencia. A veces también habla de política, nacional e internacional, y habla de educación. Habla incluso del negocio de las armas y del negocio inmobiliario. Y habla de la necesaria ética que los profesionales de la comunicación habrán de abanderar a la hora de hacer su trabajo, y también de la escritura, cauce natural de la expresión y de la comunicación en libertad. En definitiva, todos sabemos que hablar de libertad de expresión es, en definitiva, hablar de libertad. Y por eso todos los autores que colaboran en esta obra, y que un día a lo largo de la primera década de este siglo XXI hablaron de estos temas con los alumnos de la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca, se muestran preocupados y vigilantes porque la libertad no sea una llama que se extinga entre los periodistas del futuro. Podríamos acabar de muchas maneras pero hemos querido hacerlo palabras que el lector encontrará más adelante. Pertenecen a Espido Freire y expresan hermosamente, como representante de las nuevas generaciones a las que nos hemos referido, la conclusión de estas páginas: “Herederos de la libertad, hemos de saber cómo

gestionarla. Si no, como los sueños, como los mitos, como las palabras, se nos escapará entre los dedos, arena de un reloj del tiempo roto y sin remedio”.

Asunción Escribano
Catedrática de “Lengua y Literatura españolas”
en la Universidad Pontificia de Salamanca